
De los secretos de vida a los secretos de muerte

Evelyn Fox Keller

No es al dar la vida sino al arriesgar la muerte que el hombre se eleva por encima del animal (. . .) La superioridad ha sido asignada en la humanidad no al género que procrea sino al que mata.¹

SIMONE DE BEAUVOIR

Los ciegos vivos y los Muertos videntes yacen juntos Como en el amor. . . Entonces no hubo más odio, ni hubo amor: ha partido el corazón del Hombre.

EDITH SITWELL,
"Elegía para el Nuevo Amanecer"
(Quince minutos después
de las 8:00, la mañana del
lunes, 6 de agosto de 1945)

Al recordarnos el substrato somático de nuestros productos mentales, una de las mayores contribuciones de Freud fue restaurar la conexión entre cuerpo y mente que Descartes había cortado. Muy en el mismo tono —en el tono de lo que puede llamarse el viejo psicoanálisis— examinaré algunos de los resortes corporales de lo que suele considerarse la empresa más puramente mental que ha surgido de la cultura moderna. Me refiero, desde luego, al impulso científico. Específicamente, investigaré un motivo perenne que subyace en gran parte de la creatividad científica, a saber, el impulso por desentrañar los secretos de la naturaleza, y la esperanza colateral de que, al desentrañar los secretos de la naturaleza, desentrañemos los secretos máximos (y, por lo tanto, el control) de nuestra propia mortalidad. Este motivo, así como la misma mortalidad, tiene dos lados (o tal vez debería decir: esta campaña procede sobre dos frentes), ambos evidentes a lo largo de la

¹Simone de Beauvoir, *The Second Sex* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1970), p. 58.

historia de la ciencia: la búsqueda de la fuente de vida y, a la vez, de instrumentos de muerte cada vez más eficaces. Pero más concretamente (o corporalmente), quiero sugerir una relación entre estos dos subtemas y las contrapartes corporales aún más íntimas (y, por lo menos, igual de secretas) de la productividad fetal y fecal.

En un trabajo anterior, intenté una exploración preliminar de estos dos motivos en el lenguaje de la ciencia moderna —uno relativo a los secretos de vida y el otro a los secretos de muerte— en el contexto de dos episodios históricos específicos: el descubrimiento de la estructura del ADN y la fabricación de la bomba atómica.² Me interesaba examinar el significado del secreto en estos dos episodios, al concentrarme sobre todo en la importante distinción que se manifiesta al preguntar: ¿secretos de quién? y ¿secretos para quién? Como antecedentes de esta secuela, resumiré aquí los puntos principales de aquel trabajo anterior.

Los secretos bien guardados, decía yo, plantean un desafío predecible para quienes no participan en ellos. Los secretos funcionan para articular un límite: un interior no visible para los de afuera, la demarcación de un dominio separado, una esfera de poder autónomo. Y si preguntamos de quién ha sido, a través de la historia, el secreto de la vida y de quién se ha guardado como secreto, la respuesta es clara: la vida tradicionalmente se ha considerado como el secreto *de* las mujeres y un secreto *para* los hombres. En virtud de su capacidad para dar a luz, las mujeres han sido percibidas como las portadoras del secreto de la vida. La mayor identificación de las mujeres con la naturaleza ha dejado una distancia pequeña entre los secretos de las mujeres y los secretos de la naturaleza. De hecho, a lo largo de la mayor parte de las tradiciones culturales, los hombres, tradicionalmente y hasta el día de hoy, han considerado los secretos de las mujeres, así como los secretos de la naturaleza, ya sea como potencialmente amenazantes o bien atractivos, sencillamente en virtud de que articulan un límite que los excluye. Asimismo, los secretos de los hombres excluyen a las mujeres, desde luego, y sin duda pueden ser considerados por éstas igualmente amenazadores o atractivos. Pero en la mayoría de las culturas, fuertes tabúes impiden la expresión abierta de tales respuestas, y así protegen con eficacia el límite del secreto.

²Cf. Evelyn Fox Keller, "Making Gender Visible" en *Feminist Studies/Critical Studies*, ed. Teresa de Lauretis (Bloomington: Indiana University Press, 1986), pp. 67-77.

Sin embargo, si se otorga un permiso cultural, ese límite puede llegar a servir menos como un tabú y más como una invitación a la revelación y, bajo ciertas condiciones, incluso como una exigencia de que se descubra. Richard Feynman, premio Nobel, dijo alguna vez, quizá para explicar su extraordinaria facilidad para abrir cerraduras que tanta fama le ganó cuando era un joven físico en Los Alamos: "Una de mis enfermedades, una de las cosas en mi vida, es que trato de deshacer todo lo que sea secreto."³

En la cultura occidental, la amenaza o la atracción presentada por los secretos de la naturaleza se ha encontrado con una respuesta definitiva. La ciencia moderna ha inventado una estrategia para manejar esta amenaza, para afirmar el poder sobre la esfera potencialmente autónoma de la naturaleza. La estrategia, desde luego, es precisamente el método científico, un *método* para desbaratar los secretos de la naturaleza, para hacer visible lo que antes había sido invisible o, por lo menos, visible para el ojo de la mente si no para el ojo físico.

La averiguación de los secretos de la naturaleza, entendida como la iluminación de un interior femenino o la rasgadura del velo de la naturaleza, puede considerarse como la expresión de uno de los impulsos más desvergonzadamente estereotípicos del proyecto científico. En esta interpretación, la tarea de la iluminación científica —la iluminación de la realidad tras las apariencias— es una inversión de superficie e interior, un intercambio entre lo visible y lo invisible, que eficazmente socava los últimos vestigios del poder femenino arcaico y subterráneo. Al igual que la engañosa solidez de la mesa de Eddington, la superficie visible se disuelve en una irrealidad transparente. En este sentido, la iluminación científica es un enfrentamiento entre visibilidad e invisibilidad, entre claridad y oscuridad, y también entre procreatividad femenina y productividad masculina, un enfrentamiento que constantemente necesita escenificaciones en los recesos cada vez más recesivos de los secretos de la naturaleza.

La historia del surgimiento de la biología molecular puede leerse como una escenificación particularmente vívida de este enfrentamiento, que en sus fases iniciales, de hecho, estaba explícitamente modelada dentro del lenguaje de luz y vida, y su meta, también explícita, era la búsqueda del secreto de la vida. El enfrentamiento terminó cuando se

³Richard Feynman, "Los Alamos from Below", *Engineering and Science* 39:2 (1976), p. 19.

dijo que se había encontrado ese secreto, en el destierro del lenguaje mismo de los secretos, misterio y oscuridad del discurso biológico. Con el triunfo de la genética molecular, se dijo que la biología por fin había logrado un nivel verdaderamente científico.

En su formato clásico, la historia del surgimiento de la biología molecular suele contarse como un enfrentamiento entre la ciencia y la naturaleza. Comienza con la afirmación de unos físicos —sobre todo Erwin Schroedinger, Max Delbruck y Leo Szilard— de que había llegado el momento de ampliar la promesa de la física de un conocimiento claro y preciso hasta la última frontera: el problema de la vida. Impulsados por el ejemplo de estos físicos, dos valientes aventureros científicos, James Watson y Francis Crick, aceptaron el desafío y, salieron victoriosos en una hazaña que podría describirse como el triunfo sobre la fortaleza última y definitiva de la naturaleza. Sólo veinte años antes, Nils Bohr insistía en que una de las lecciones principales de la mecánica cuántica era que “la mínima libertad que debemos permitir al organismo será lo suficientemente amplia para que le permita, por así decirlo, ocultarnos sus secretos esenciales.”⁴ Ahora, como si refutaran directamente la sugerencia más circunspecta de Bohr, Watson y Crick mostraron con el descubrimiento de la estructura del ADN y, por consiguiente, del mecanismo de replicación genética, “que ciertas áreas aparentemente demasiado misteriosas para ser explicadas por la física y la química, podrían explicarse con esto.”⁵

Sin embargo, aquí hay otro relato que ocurre en el reino de la ciencia misma: no un enfrentamiento entre ciencia y naturaleza, sino entre motivos que compiten en la ciencia, entre distintas visiones acerca de cómo debería ser una ciencia biológica. Cuando Watson y Crick se embarcaron en una investigación que calificaron de “calculado asalto al secreto de la vida”, emplearon un lenguaje que, en esa época, no sólo era grandilocuente sino provocativamente fuera de moda, pero, como ha señalado Donald Fleming,⁶ “en total desafío a las normas contemporáneas del buen gusto en el discurso biológico.” Para los historiadores

⁴Nils Bohr, “Light and Life” en *Atomic Physics and Human Knowledge* (Nueva York, John Wiley and Sons, 1958), p. 9.

⁵Robert Olby, “Francis Crick, DNA, and the Central Dogma”, *Daedalus* 99:4 (1970), pp. 938–87.

⁶Donald Fleming, “Emigré Physicists and the Biological Revolution” en *Perspectives in American History* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1968), tomo 2, p. 155.

de la ciencia, puede decirse que el relato verdaderamente interesante se encuentra en la redefinición de lo que significaba una biología científica: el relato de la transformación de la biología, de una ciencia en que el lenguaje del misterio no sólo tenía un sitio legítimo sino altamente funcional, a una ciencia de tipo diferente, una ciencia más como la física, predicada sobre la convicción de que los misterios de la vida estaban allí para ser desentrañados, una ciencia que no toleraba ningún secreto. Al volver a contar este relato, el enfoque del historiador inevitablemente cambia de los logros de la biología molecular a la representación de esos logros.

El subargumento, de hecho, es un relato de política cognoscitiva. Es un relato sobre la autoridad creciente de la física y de los físicos: una autoridad derivada tanto de los logros trascendentales de la mecánica cuántica a principios de siglo, como de la reciente aclamación a los físicos por su papel en el triunfo en la segunda guerra mundial. Relatado de esta manera, podemos empezar a encontrar el sentido del enigma que ha plagado durante mucho tiempo a los historiadores de la biología contemporánea. A pesar de las esperanzas y atribuciones iniciales, la biología molecular no proporcionó nuevas leyes de física ni reveló ninguna paradoja. Entonces, ¿qué fue en realidad lo que nos dieron los físicos, considerados como los dirigentes de la revolución de la biología molecular?

Leo Szilard lo dijo muy claramente: no eran “las habilidades adquiridas en la física, sino más bien una actitud: la convicción, compartida por muy pocos biólogos en esa época, de que los misterios pueden dilucidarse.” Y añadió: “Si existen secretos, deben ser explicables. Esto es algo que los biólogos clásicos no tenían. . . Carecían de la fe en que las cosas son explicables, y es esta fe. . . la que lleva a los mayores adelantos en la biología.”⁷

En realidad, tenía razón. Esta actitud, esta convicción de que se podían encontrar los secretos de la vida, esta visión de sí mismos (sobre todo Watson y Crick) como *conquistadores* que podían descifrarlos y los descifrarían —postura que dependió directa y vigorosamente de la autoridad de los físicos para conseguir la licencia para hacerlo— resultó ser extraordinariamente productiva. Permitió la convicción y, pocos años después, la convicción compartida de que al decodificar el mecanismo

⁷Citado en Fleming, p. 161.

de la replicación genética, el secreto de la vida *sí* se había encontrado. Como dijo Max Delbruck en su discurso del premio Nóbel en 1970:

La genética molecular nos ha enseñado a deletrear la conectividad de la vida con detalles tan palpables que podemos decir en palabras sencillas, "el enigma de la vida ha sido resuelto."⁸

Su éxito fue la culminación de una larga tradición: ahora, con la representación de la vida como la mecánica molecular del ADN, aun los recessos más oscuros del interior de la naturaleza parecían iluminarse.

Tanto por razones históricas como psicológicas, cabe yuxtaponer este relato con otra historia de secretos, una que podría considerarse el polo opuesto de aquél. Entre los sucesos que históricamente sirvieron para reforzar la autoridad de la física, justo en el momento en que la biología molecular iniciaba su existencia, uno de los más importantes de seguro fue el desarrollo de la bomba atómica.

La fabricación de la bomba fue tal vez el secreto mayor y el mejor guardado que ha tenido la ciencia. Era un secreto para los alemanes y los japoneses, para el público estadounidense y hasta para las esposas de los hombres que produjeron la bomba.⁹ Varias de las esposas de Los Alamos han comentado que Alamogordo fue la primera noticia de lo que sus maridos habían estado haciendo y, de hecho, hacia lo cual toda la comunidad —una comunidad totalmente dependiente de la intimidad y la dependencia mutua para su supervivencia— había dirigido su trabajo.

El Proyecto de Manhattan era un proyecto en que el secreto más privilegiado no pertenecía a las mujeres sino a los hombres. Era una empresa científica basada no en su apertura, sino en su contrario, el secreto absoluto. Para nada un libro abierto que cualquiera pudiera leer, porque Los Alamos tenía un interior. Y lo que se producía en esa interioridad era (podría decirse, con ironía grávida) "el bebé de Oppen-

⁸Max Delbruck, "A Physicist's Renewed Look at Biology: Twenty Years Later", *Science* 168 (1970), p. 1312.

⁹También era un secreto que separaba a los hombres de los niños; según recuerda Jeremy Bernstein, "Aunque todos nosotros en Los Alamos teníamos nuestra Aprobación Q [permiso para el acceso a la documentación confidencial], estábamos divididos en dos clases. . . Los adultos conocían el 'secreto'. . . los demás no lo conoceríamos hasta que fuéramos adultos, es decir, hasta que realmente empezáramos a trabajar con armas", citado en Paul Forman, "Behind Quantum Electronics", *Historical Studies in the Physical and Biological Sciences* 18:1 (1987), pp. 221–22.

heimer", un bebé con padre pero sin madre. Como lo ha documentado ampliamente Brian Easlea, la metáfora de la gravidez y el parto se convirtió en la metáfora predominante en torno a la producción y las pruebas, primero, de la bomba atómica y luego de la bomba de hidrógeno. Si la bomba atómica fue el bebé de Oppenheimer, la de hidrógeno fue "el bebé de Teller". La metáfora del parto se utilizó no sólo como un código de precaución sino también como un modo de descripción totalmente aceptado por los físicos de Los Alamos, por el gobierno y finalmente por el público general.

Desde diciembre de 1942, los físicos en Chicago fueron reconocidos por su trabajo con el plutonio mediante un telegrama de Ernest Lawrence que decía: "Felicidades a los padres. Impacientes por ver al recién llegado."¹⁰ De hecho, tuvieron que esperar otros dos años y medio. Finalmente, en julio de 1945, Richard Feynman fue llamado a Los Alamos a través de un telegrama que anunciaba el día en que se esperaba el parto del "bebé". Robert Oppenheimer pudo haber sido el padre de la bomba atómica, pero Kistiakowsky nos dice que "la bomba, después de todo, fue el bebé del Laboratorio, y poco podía hacer la Oficina de Seguridad para amortiguar los intereses paternos."¹¹

Dos días después de la prueba de Alamogordo, el Secretario de la Defensa de Estados Unidos, Henry Stimson, recibió un telegrama en Potsdam, que decía:

El doctor acaba de regresar muy entusiasmado y confiado en que el niño es tan robusto como su hermano mayor. La luz en sus ojos se distinguía de aquí hasta Highhold y sus gritos podían oírse desde aquí hasta mi granja.¹²

Y, como lo averiguaría el mundo entero sólo tres semanas después, el "niño" en efecto era tan robusto como su hermano. En esta inversión de la metáfora tradicional, medida verdaderamente defensiva, el velo de la naturaleza se desgarró, los autores se apropiaron efectivamente de la procreatividad materna, pero el secreto de la vida se ha convertido en el secreto de la muerte. Cuando la bomba explotó, Oppenheimer recordó los versos del *Bhagavad-Gita*:

¹⁰Cf. Brian Easlea, *Fathering the Unthinkable: Masculinity, Scientists, and the Nuclear Arms Race* (Londres, Pluto Press, 1983), p. 107.

¹¹*Ibid.*, p. 203.

¹²*Ibid.*, p. 90.

Si el resplandor de mil soles estallara dentro del cielo, sería igual al esplendor del Poderoso.¹³

Cuando se alzó la nube en la distancia, también recordó:

Me he convertido en la Muerte, destructora de mundos.

Tal yuxtaposición histórica revela el relato de la fabricación de la bomba como una antítesis de la biología molecular: ambos relatos se conectan sólo por una metáfora que funciona para separarlos por su propia inversión. Quiero regresar ahora a estos dos temas, considerando menos los contrastes entre ellos y más su conexión; menos el asunto de quiénes mantienen los secretos, y la diferencia importante que ese asunto marca entre ambos relatos, y más los significados de creatividad que tienen en común. Para ello, examinaré aquí no tanto su sitio en la historia de la ciencia, sino su contenido afectivo. Es decir, me concentraré en cierta urdimbre de fantasías de nacimiento y muerte que, por lo menos en el nivel psicológico, pueden considerarse como vínculo entre el proyecto de develar el secreto de la vida y el de producir instrumentos de muerte, más que diferenciarlos. Como apoyo, agregaré a los dos relatos polares con los que empecé —el “calculado asalto al secreto de la vida” de Watson y Crick y el asalto igualmente calculado del Proyecto de Manhattan al secreto de la muerte— otros tres relatos genéricos de tipo pre- (o proto-) científico; a primera vista, puede parecer que estos relatos no tienen que ver uno con otro, pero sugiero que pueden leerse como intermedios en la gama entre ambos polos o tal vez como una manera efectiva de cerrar el círculo.

El primero de estos relatos requiere un salto conceptual y cultural enorme por nuestra parte (lo cuento en primer lugar sólo porque es el más evidentemente distante de la cultura de la ciencia moderna). Me refiero a la historia del “bullroarer”;¹⁴ para los europeos no es más que un

¹³Citado en Robert Jungk, *Brighter Than a Thousand Suns* (Nueva York, Grove Press, 1958), p. 201.

¹⁴*Bullroarer*: bramadera o tablilla zumbadora, literalmente, “toro bramador”. Es un trozo pequeño y plano, en forma de rombo, de madera o de piedra, tallado o pintado con diseños sagrados. En uno de sus extremos se practica una perforación por la que se amarra un cordel. Al hacerlo girar rápidamente, se emite una vibración aguda.

Estos objetos son típicos de varias tribus australianas y se emplean en las ceremonias de iniciación masculina para reproducir la voz de los antepasados o de ciertos espíritus. También se hacen ulular para infundir temor a los no iniciados.(J. J.)

inocente juguete de niños que se hace girar rápidamente en el aire para que produzca un sonido zumbador, pero los antropólogos lo consideran como, por lo menos, "tal vez el símbolo sagrado religioso más antiguo y más difundido en el mundo."¹⁵ Sobre la base de un trabajo anterior de Bruno Bettelheim,¹⁶ Alan Dundes ofrece un recuento interpretativo de este símbolo que lo acerca asombrosamente a lo que nos ocupa. Por lo tanto resumiré (con algunos detalles) los puntos más importantes de su interpretación y su descripción.

Una de las primeras características de este objeto curioso, comentado desde hace mucho por los antropólogos, es que, en muchas instancias, "se mantiene en secreto y oculto de la luz por el jefe principal, y se considera que posee alguna influencia o poder misterioso y sobrenatural. Las mujeres y los niños no tienen permiso de verlo; si una mujer lo ve o un hombre se lo muestra a una mujer, el castigo para ambos es la muerte."¹⁷ En otras palabras la bramadera es un secreto que pertenece a los hombres y se protege tanto de la luz del día como del conocimiento de las mujeres. Sin embargo, al analizarlo con más cuidado, parece que, aunque es obligatorio mantenerse como secreto para las mujeres, muchos mitos sugieren que "la bramadera es algo inicialmente producido por una mujer y es robado por y para los hombres." En uno de estos mitos, originalmente divulgado por Jan Van Baal,

un hombre mata a su mujer. De su cadáver brotaron todas las verduras. Sin embargo, el hombre las recoge todas y se las traga. Sin digerir, pasan a través de su cuerpo hasta su órgano genital. Con una nueva esposa tiene relaciones sexuales, pero retira su órgano para permitir que las verduras se dispersen sobre el campo.

Dundes continúa:

Este proceso simbólico tiene un paralelo en muchos ritos iniciáticos en que se dice que una deidad o espíritu masculino se traga a los iniciados. Luego los vomita, convirtiendo a los niños en hombres.

En otro mito, también dado a conocer originalmente por Van Baal, el origen de la bramadera es más explícito:

¹⁵Alan Dundes, "A Psychoanalytic Study of the Bullroarer", *Man* 11 (1976), p. 220.

¹⁶Cf. Bruno Bettelheim, *Symbolic Wounds, Puberty Rites and the Envious Male* (Nueva York, Collier Books, 1955).

¹⁷Citado en Dundes, 221.

La mujer de Tiv-r. . . está preñada con la bramadera. Tiv-r oye un suave gemido en el abdomen de su mujer y queda muy intrigado. Él envía un pájaro tras otro para extraer esa cosa misteriosa. Por fin, cuando la mujer se agacha con las piernas separadas, barriendo, un pájaro logra atrapar la cosa saliente y la extrae. Ésa es la primera bramadera.

La conclusión que Dundes deriva parece difícil de contradecir: la bramadera “representa el equivalente masculino de la procreatividad femenina.”¹⁸ Como tal, es semejante a otros símbolos utilizados en ritos iniciáticos masculinos, ritos que suponen, como ha escrito Margaret Mead, “que los hombres se hacen hombres sólo cuando. . . asumen el control —como grupo colectivo— de las funciones naturalmente realizadas por las mujeres.” Así, prosigue Mead, “el hombre ha dado con un método para compensar su inferioridad básica. . . las mujeres, es cierto, hacen seres humanos, pero sólo los hombres pueden hacer a los hombres.”¹⁹

Entonces, Dundes pregunta: “¿Por qué funciona [la bramadera] en forma simbólica, a través de la formación de ruido, viento, truenos, etc.?” Responde a esta pregunta con una interpretación igualmente obvia: la bramadera representa el intento específico, aunque bastante común, de los hombres “para suplantar la procreatividad femenina con la creatividad simbólica del ano.” Su uso frecuente en los ritos iniciáticos masculinos, con frecuencia en conjunción con otros significantes fetales y fecales como la sangre, el lodo y el excremento, le sugiere a Dundes que la bramadera es la representación simbólica de una creencia difundida de que “los niños se convirtieron en [o renacieron como] hombres mediante el poder anal masculino.”²⁰

Para dar cuenta de los rasgos fálicos igualmente prominentes en el simbolismo de la bramadera, Dundes propone la práctica con frecuencia concomitante de las relaciones homosexuales como un vínculo natural (sic) entre lo fálico y lo anal. “Ahora puede resultar más claro”, concluye,

¹⁸*Ibid.*, 22A–25.

¹⁹Margaret Mead, *Male and Female* (Nueva York, William Morrow and Co., 1949), 98, 102–3.

²⁰Dundes, 228. Nótese el siguiente recuento de un mito de Nueva Guinea presentado por Van Baal: “Finalmente Sosom [el nombre de una deidad y también uno de los nombres de la bramadera] devora a todos los neófitos y adolescentes. . . cada vez que traga a uno, vomita a otro a través de sus partes posteriores”. (Dundes, 230.)

por qué los ritos iniciáticos deben mantenerse secretos de las mujeres. Ya se trate de hombres que intentan emular la procreatividad femenina mediante el poder anal, o bien la relación homosexual en lugar de la heterosexual, o la masturbación ritual, el elemento constante es que los hombres intentan vivir sin recurrir a las mujeres. . . [Pero] involucrarse en actos normalmente realizados por mujeres a toda costa debe mantenerse en secreto de las mujeres. La supuesta superioridad de los hombres se revelaría como un simulacro si se permitiera que las mujeres observaran.²¹

Esta explicación de la importancia de los secretos —explicación repetida por Gilbert Herdt en su propio recuento, con algunas diferencias, de los ritos iniciáticos masculinos entre los Sambias— me parece un poco débil. La necesidad del secreto, en mi opinión, es impulsada por algo más que el deseo de proteger un simulacro, aun cuando agreguemos la noción de que tal simulacro puede servir para evocar una contraenvidia entre las mujeres²² y, por lo tanto, proporcionar un nuevo fundamento para el poder masculino. Considero también que el secreto, en este caso, sirve para contener el potencial agresivo de esta redistribución y redefinición del poder procreativo. No sólo se reemplaza simbólicamente la procreatividad maternal; también es contrarrestada por la aserción de un principio opuesto. Puede preguntarse específicamente: ¿qué se produce en el parto anal que no se produzca en el parto normal? Es decir, ¿qué aspecto de la transformación de niños en hombres en las culturas que emplean este simbolismo depende específicamente de su renacimiento anal? Desde luego, una diferencia importante que marca el surgimiento del hombre adulto en muchas culturas, y que puede ser específicamente pertinente para nuestro asunto, es precisamente su capacidad para asumir la responsabilidad como cazador y/o guerrero eficaz, o sea, como un maestro competente de la muerte. En este guión ritualizado, el niño sufre una muerte simbólica para renacer con un nuevo tipo de poder, una forma de protección contra las vicisitudes de la vida y la muerte que es radicalmente diferente de la protección prometida por el poder materno. Es el poder para decidir sobre la vida y la muerte no mediante la generación (o mantenimiento) de la vida, sino mediante la capacidad de legislar la muerte. La fertilidad se contrarresta con la virilidad, medida ahora por su destreza en el manejo de

²¹*Ibid.*, 234–35.

²²Cf. Eva Kittay, "Womb Envy: An Explanatory Concept" en *Mothering*, ed. Joyce Trebilcot (Totowa, NJ, Rowman and Allanheld, 1984), 94–128.

la muerte. Por último, el secreto no funciona aquí simplemente para proteger un dominio autónomo. Más bien, considero que funciona además como un mecanismo necesario de contención; sirve para circunscribir el dominio de los poderes destructivos desatados.

Mi segundo relato es más cercano a nosotros y, dado que es más conocido, puedo ser mucho más breve. Es la historia del científico (o alquimista) loco que busca los secretos de la vida, no a plena luz del día, como lo hicieron Watson y Crick, sino en los oscuros rincones de un laboratorio secreto (por lo general, bajo tierra, en un sótano), que suele producir vapores apestosos en el proceso hasta que, finalmente, él logra (y siempre es un "él") no sólo encontrar el secreto de la vida, sino que usa ese secreto para producir la vida. Sin embargo, inevitablemente esa forma de vida es monstruosa: incapaz de procrear, sólo puede matar, es una forma de vida que se convierte en agente de la muerte. El relato más famoso de este tipo, desde luego, es *Frankenstein*, escrito, según sabemos, no por un hombre sino por una mujer. Como resultado de una cantidad de análisis literarios cada vez más sofisticados durante los últimos años, el argumento de Mary Shelley ha llegado a considerarse como algo bastante más complejo de lo que antes se había pensado; sin embargo, el aspecto principal sigue siendo bastante sencillo. *Frankenstein* ante todo y sobre todo es una historia acerca de las consecuencias de las ambiciones masculinas de cooptar la función procreativa, una "crítica implícita" a la vez de un argumento y un parto concebidos sin mujeres. Pero la narración de Shelley, en última instancia, no es tanto una crítica feminista como un informe notablemente apremiante —irónicamente apremiante, ya que está escrito por una mujer— de un relato conocido de temores masculinos. En la narrativa popular, la ambición de los hombres científicos de producir vida casi inevitablemente resulta en el desencadenamiento de la destrucción, o sea, en la muerte.

El tercer relato (o imagen) es aún más cercano a nosotros. Proviene no de la ciencia ficción, sino de la vida real de los científicos contemporáneos que se iniciaron como niños científicos y produjeron explosivos en sus cocinas, baños o, si tuvieron suerte, en un laboratorio adaptado en el sótano. (Hace una generación, un producto lateral común de estos laboratorios de sótano eran las "bombas apestosas", listas para utilizarse por el joven científico en todo momento en que se le atravesara una madre enojada o poco cooperadora.) Todos estamos entera-

dos de la preocupación que muchos niños tienen con los explosivos, y la gran inversión afectiva que muchos dedican para producir explosiones más grandes y más espectaculares —lo cual muchas veces se prosigue más allá de la niñez hasta la época estudiantil—, pero tal vez quienes hemos estado en sitios como MIT o CalTech conocemos más de cerca esos patrones de comportamiento y desarrollo.²³ Probablemente hasta podríamos estar de acuerdo en que esos patrones son más comunes en los primeros años de vida de científicos e ingenieros que en la población en general. Desde luego, resulta que para la gran mayoría de los científicos e ingenieros que iniciaron su vida como expertos en bombas de juguete, la energía invertida en tales intentos primitivos de resolución de los primeros conflictos se ha trasladado a empresas creativas maduras que no dejan rastro de sus precursores. Pero en algunos casos, los rastros son aparentes, cuando no evidentes. Como resultado de una convergencia fortuita entre intereses personales, afectivos, e intereses públicos, políticos y económicos, una cantidad significativa de estos jóvenes de hecho acaba trabajando en laboratorios de armamentos (sería interesante documentar cuántos) y emplean sus talentos creativos para construir bombas, ya no de juguete, sino más grandes y mejores. En otros casos, los rastros de preocupaciones anteriores pueden evocarse sólo por circunstancias particulares como, por ejemplo, por la empresa colectiva del proyecto de Manhattan. Las diferencias entre estas actividades adultas y sus precursores infantiles, desde luego, son enormes, tanto para los investigadores como para el mundo en general. Las actividades adultas son públicas y comunales, mientras que sus precursoras infantiles son privadas e individuales; las consecuencias de las bombas verdaderas son reales y letales, mientras que las implicaciones de los explosivos de juguete suelen ser sólo simbólicas. No obstante, me parece que la continuidad afectiva y simbólica entre ambas también requiere atención.

Al igual que los ritos iniciáticos de la brama la investigación moderna de armamentos por lo general se realiza en laboratorios que son mayoritariamente (si no exclusivamente) masculinos, y son muy secretos; también como la brama, las bombas que se producen suelen asociarse con una mezcla desafiante de imágenes fálicas y de parto. Las imágenes fálicas se acuñan no sólo en la frase infame de Helen Caldicott,

²³Hasta donde sé, casi siempre son hombres jóvenes más que mujeres jóvenes quienes muestran estas preocupaciones.

“envidia del misil”, sino más directamente en expresiones como “ayudas de penetración”, “big bang” y “golpes orgásmicos”, expresiones que ahora son comunes en la retórica de las armas nucleares. Casi igualmente común es la conjunción de imágenes fálicas con las de parto, como se ilustra en el ejemplo ya citado, en que una bomba que “embiste” se identifica como un bebé masculino, mientras que una bebé niña se define claramente como una bomba pasmada.

Reitero que los relatos que he mencionado varían radicalmente tanto en la letalidad real como simbólica de sus desenlaces; también varían en sus mezclas particulares de imágenes fálicas, anales y de parto. Pero cuando nos concentramos en los temas que vinculan estos relatos, no podemos dejar de advertir en qué medida todos comparten uno o más elementos del motivo consabido de la apropiación masculina de la procreatividad femenina. Podemos intentar caracterizar los aspectos comunes en estos relatos bajo la rúbrica general de “envidia del útero”, concepto que, según algunas feministas, pertenece en el centro de la teoría psicoanalítica, junto con el de “envidia del pene”.²⁴ Pero si lo hacemos, sugiero que el acento se sitúe muy especialmente en el término “envidia”. Melanie Klein define la envidia como “la sensación de enojo porque otra persona posee y disfruta algo deseable, que el impulso envidioso lleva a quitar o estropear.”²⁵ Así, la “envidia” puede servir para captar simultáneamente las semejanzas y las diferencias entre los relatos. Independientemente de que se sustituya por fantasías de producción anal o por una actividad mental generadora de luz o vida, el poder real de la mujer para dar vida —y, de hecho, con frecuencia las mujeres mismas— se excluye efectivamente de estos cinco relatos. En algunos casos, sencillamente se niega, y en otros se “estropea” activamente.

Un texto que proporciona una visión especialmente interesante de lo anterior (la forma más benigna de la ausentación de la procreatividad femenina y de las mujeres) se encuentra en *The Double Helix* (La doble hélice), el clásico recuento de James Watson del importante descubrimiento de él y Crick del mecanismo de la replicación genética. En el elegante artículo de Mary Jacobus, “Is There a Woman in This Text?” (¿Hay una mujer en este texto?), la autora encuentra que *La doble hélice* es notable por su elisión, no sencilla sino compleja, tanto de la mujer

²⁴Cf. p.e. Kittay, *Mothering*, 94–128.

²⁵Melanie Klein, *Envy and Gratitude* (Londres, Tavistock Publications, 1957), 187.

real como de la simbólica, repetida simultáneamente (o tal vez en serie) en cada nivel de la descripción de Watson acerca de su propia investigación.²⁶ A los ejemplos que Jacobus ofrece de tales desplazamientos simbólicos —por ejemplo, el desplazamiento de la realidad por un modelo, de mujeres reales por “paletitas”, de Rosalind Franklin por “Rosy”, yo agregaría otros dos: el relato de la doble hélice es ante todo y sobre todo el relato del desplazamiento y el reemplazo del secreto de la vida por una molécula. Irónicamente, el ADN tiene el nombre popular de “la molécula madre de la vida.” De esta representación de la vida se excluye toda la dinámica celular compleja y no descifrada que mantiene a la célula como una entidad viva: “La vida misma”²⁷ finalmente se ha disuelto en la mecánica simple de una molécula que se autorreplica. De hecho, los organismos vivos ya no son el tema estricto de la biología: están casi ausentes de los libros de texto de biología más novedosos.²⁸ El segundo ejemplo que podría añadirse a la lista de Jacobus es quizá más trivial, pero creo que de todas maneras vale la pena señalarlo: con la única excepción de la hipotética “madre insatisfecha” de Rosy, de hecho, no hay ninguna madre presente en el relato de *La doble hélice*. Las madres y la vida están igualmente ausentes, descontadas y, por lo menos por implicación, devaluadas, aunque desde luego no “estropeadas” ni realmente lastimadas.

El descubrimiento de Watson y Crick fue un gran descubrimiento, si no del secreto de la vida, sí de una faceta importante de la continuidad de la vida. Hizo surgir (si no nacer) una era muy productiva en la biología. Pero el objeto aquí no es revisar los éxitos ya conocidos de esa historia, sino destacar una dimensión más sutil (y negativa). El resultado neto de aquel descubrimiento en ningún sentido fue un agente de la muerte, pero hizo surgir un mundo que ha sido desvivificado. La pareja básica de la doble hélice (como sugiere el crítico John Limon,²⁹ como el quasi erotismo de la propia relación entre Watson y Crick) no amenaza la vida, pero sí carece de vida.

²⁶Mary Jacobus, “Is There a Woman in This Text?”, *New Literary History* 14 (otoño 1982); reimpresso en Mary Jacobus, *Reading Woman: Essays in Feminist Criticism* (Nueva York, Columbia University Press, 1986), 83–109.

²⁷Título de un libro más reciente de Francis Crick, *Life Itself* (Nueva York, Simon and Schuster, 1981).

²⁸Esto señala otro nivel de desplazamiento, en que el significado de la biología cambia de su temática tradicionalmente amplia a la biología molecular.

²⁹Cf. John Limon, “The Double Helix as Literature”, *Raritan* 5:3, 1986, pp. 26–47.

Cuando consideramos el desplazamiento de las referencias de carne y hueso —de la vida misma— que simbólicamente se realiza en este relato, empezamos a ver otro nivel de conexión entre la aparentemente exitosa apropiación del secreto de la vida por Watson y Crick y el relato opuesto de la producción de bombas atómicas. Es con el alejamiento de la “vida misma” que se logra un tipo curioso de cierre de la enorme brecha entre la producción de formas sin vida, desvivificadas y la producción de formas que destruyen la vida, desvivificantes, que tal vez son paralelas a las diferencias entre las fantasías de la producción mental y anal.

Para comprender este cierre, regresaré a la metáfora de las bombas como bebés, metáfora que en cierto sentido resulta conocida y en otro sentido es escandalosa, casi terrorífica, y en realidad imposible. Esta es una metáfora que se acomoda entre nosotros sólo en la medida en que la vemos como una metáfora muerta, es decir, una en la que el referente original se ha perdido de vista. Así como los soportes de madera de un piano son patas, las bombas *sí* son bebés en ciertos círculos, pero sólo cuando ya no evocan los referentes de carne y hueso que originalmente denotaban las palabras *patas* y *bebés*. Sin embargo, quiero insistir en el significado —por lo menos en el segundo caso— de la muerte en esa metáfora, es decir, en el alejamiento del referente de carne y hueso al que invita su familiaridad. En un trabajo importante sobre el lenguaje de los “intelectuales de la defensa”, Carol Cohn presenta un argumento interesante acerca del uso de metáforas en la retórica de armamentos que es francamente inapropiada para los extraños a ella, concentrándose menos en sus fuentes psicodinámicas y más en su función. Al describir un recorrido en un submarino de energía nuclear, escribe:

Pocos a la vez descendimos al tubo largo, oscuro, delgado en que se encierran hombres y un reactor nuclear bajo el agua durante meses. Nos escurrimos a través de compuertas y por pasillos con luz de neón, tan estrechos que teníamos que voltear y apretarnos de espaldas a las paredes para que otro pudiera pasar. Visitamos las “estanterías” apretadas donde duermen los hombres y las señales blancas y rojas que alertan acerca de los materiales radioactivos. Cuando por fin llegamos a la parte del submarino donde se guardan los misiles, el oficial que nos acompañaba sonrió y preguntó si queríamos meter la mano por el agujero para “acariciar el misil”.³⁰

³⁰Carol Cohn, “Sex and Death in the Rational World of Defense Intellectuals”, *Signs* 12:4 (1987), 687–718.

“¿Acariciar el misil?” En un intento por darle sentido a lo que resulta ser una imagen que recurre con frecuencia, Cohn sugiere:

Acariciar es una afirmación de intimidad, posesión sexual, dominio afectivo. La excitación y el placer de “acariciar el misil” es la proximidad de todo ese poder fálico, la posibilidad de apropiárselo vicariamente para uno mismo.

Pero si la predilección por acariciar objetos fálicos indica algo de la excitación homoerótica que contiene el lenguaje, también tiene otro aspecto. Porque acariciar no es sólo un acto de intimidad sexual. También es lo que uno hace a los bebés, a los niños chicos o al perro. Uno acaricia lo que es pequeño, lindo e inofensivo, no aterradoramente destructivo. Si lo acaricias, desaparece su letalidad.³¹

El mismo efecto —dice— es inducido por una serie de otras metáforas “domésticas” que son endémicas de este lenguaje. Los misiles listos para el lanzamiento se alinean en “granjas de árboles de Navidad”; sus marcas de aterrizaje se llaman “huellas”; las ojivas de combate se denominan “RV” (*reentry vehicles*; vehículos de regreso a la atmósfera); y se “entregan” en un “autobús”. Los acrónimos para sistemas electrónicos de misiles incluyen PAL (amigo) y BAMBI. Cohn escribe:

En el mundo amistoso y hasta romántico de las armas nucleares, los enemigos “intercambian” ojivas de combate; un misil “saca” a otro; los sistemas de armas pueden “casarse”; el “acoplamiento” se refiere al cableado entre mecanismos de alerta y respuesta.³²

El reemplazo de los referentes de carne y hueso por sus sustitutos macabros se hace total cuando el mundo así creado incluye a la misma muerte, es decir, cuando sus bombas y misiles y no la gente son los “muertos”; donde “fratricidio” se refiere a la destrucción de una ojiva por otra; donde “vulnerabilidad” y “supervivencia” se refieren a los sistemas de armas y no a seres vivos; donde la ventaja estratégica se mide por la cantidad de ojivas “sobrevivientes”, independientemente de que haya o no sobrevivientes humanos.

En este mundo sustituto —un mundo que puede haberse originado (en la fantasía tanto como en la realidad) como un mundo con un sólo sexo— al fin de cuentas no hay ningún sexo. Una vez que

³¹*Ibid.* 12:4, 695–96.

³²*Ibid.* 12:4, 698.

este mundo se ha cortado de sus orígenes humanos y tiene una "vida" propia, disociada de su capacidad de destruir cuerpos vivos reales, no se necesita ser Frankenstein o Dr. Strangelove para participar en él. Puede uno ser un hombre —o una mujer— común, decente, afectuoso. Una vez que la metáfora está muerta, los misiles pueden ser acariciados con igual satisfacción por hombres y por mujeres (aunque tal vez con menos facilidad por las madres).

En este mundo ya no hay "secretos de hombres" y "secretos de mujeres". La biología moderna ha revelado el secreto de la vida a todos, y el discurso nuclear permite compartir los secretos de la muerte entre hombres y mujeres por igual. Sólo el peligro mortal en que todos vivimos permanece en secreto, un secreto que colectivamente aprendemos a guardar de nosotros mismos, separado de nuestra conciencia cotidiana a medida que aprendemos a hablar no de la amenaza de la aniquilación real, sino de golpes quirúrgicos y daños colaterales. (Aun la palabra *bomba* ha desaparecido: en su lugar tenemos "dispositivos nucleares".)

Pero los secretos que guardamos de nosotros mismos funcionan de manera un poco diferente de los que guardamos de otros. En realidad, todo el mundo conoce estos últimos; nadie conoce los primeros. Y como nos enseñó Freud, los secretos que guardamos de nosotros mismos cumplen funciones psicológicas muy diferentes de los que, por lo menos, aparentamos guardar de otros. Esencialmente sirven para contener no las fuerzas de la muerte, sino las fuerzas de la vida. En este proceso, funcionan al impedir los procesos normales de integración y reparación. Separados, sin la oposición de la culpa o el amor, ni siquiera del impulso de autopreservación, nuestros impulsos destructivos pueden emprender, por así decirlo, *su* propia vida.³³ El lenguaje del análisis tecnoestratégico, de hecho, puede representar una especie de máximo éxito del discurso racional; pero también revela una especie de máxima psicosis.

Termino con la siguiente pregunta: Dada la urgencia de nuestra situación y aun sus aspectos psicóticos, ¿de qué manera esperaríamos que fuese útil un análisis como éste? Desde luego, las fantasías que he descrito no pueden considerarse causales (en un sentido primario) ni inconsecuentes. ¿Dónde, pues, ubicaríamos la función de tales fan-

³³Cf. p.e. Hanna Segal, "Silence Is the Real Crime", *International Review of Psycho-Analysis* 14:1 (1987), 3-12.

tasías entre lo causal y lo inconsecuente? Estas fantasías en cierto sentido son privadas, pero al mismo tiempo se ven reforzadas, hasta explotadas, colectivamente por intereses colaterales. ¿Cuál es su papel en la dinámica de la crisis abiertamente (y primariamente) pública y política en que nos encontramos? Y, por último, ¿será un análisis como éste también un intento de detener una realidad inaceptable, un intento casi mágico de adquirir control sobre lo que tal vez ya se nos escapó? Mi esperanza, como es natural, es que pueda proporcionar alguna ayuda para una causa que todavía no se ha perdido del todo.

Traducción: Mónica Mansour